

Cómo el PP puede aún evitar el estigma de la corrupción

EL MUNDO, Editorial, 8.02.09

LA DETENCIÓN de algunas personas relacionadas con una trama de corrupción en municipios gobernados por el PP, interesadamente mezclada con la renuncia de un candidato a las elecciones gallegas por no pagar sus impuestos y con la apertura de la comisión del supuesto espionaje en Madrid, ha llevado a los de siempre a presentar el PP como el partido de la corrupción. Una conclusión tan equivocada como la de quienes siguen a lo suyo como si aquí no pasara nada. Se impone analizar con realismo cuál es la envergadura de la trama y a quién afecta, porque una cosa es que haya corrupción en el PP y otra muy distinta es que el partido como tal esté incurriendo en prácticas abominables.

Con los datos que se tienen no se puede afirmar que estemos ante otro caso Filesa de financiación irregular. Pero tampoco cabe que la dirección del PP se haga de nuevas y diga que ni conoce ni ha tenido relación con los presuntos responsables de esta trama. Entre los detenidos hay dos empresarios -Francisco Correa y Alvaro Pérez- que se movían en el círculo más estrecho de la cúpula del PP en la época de Aznar y que durante más de una década organizaron los actos públicos y los mítines de campaña del partido. Es verosímil que cuando en 2004 dejaron de tener relación mercantil con la dirección nacional del PP, y aprovechándose de sus contactos, sus actividades derivaran hacia las comisiones relacionadas con el urbanismo en municipios como Boadilla del Monte (Madrid), que es por lo que se les ha detenido. Publicamos hoy una denuncia presentada ante la Fiscalía en la que se recogen los viajes a

Miami de Correa con el alcalde de esa localidad, Arturo González, y cómo a la vuelta de uno de ellos, éste se jactó ante testigos de que había adquirido «esta vez» un piso en Miami Beach, sugiriendo que podría tener otras propiedades. El alcalde ha negado que lo tenga, por lo que serán los tribunales los que deberán aclarar si se ha enriquecido o no ilícitamente.

Lo cierto es que este y otros episodios están asestando un duro golpe a la credibilidad moral del PP, que corre el riesgo de aparecer identificado ante la opinión pública con la corrupción, lo mismo que le sucedió al felipismo en el ocaso del mandato socialista. Y ello porque el partido de la oposición ha acumulado algunos vicios que ahora le pasan factura. Entre ellos, la desactivación de los mecanismos de control internos, el olvido de los compromisos de regeneración democrática y la falta de transparencia con la que Aznar decidió su propia sucesión y con la que los barones eligieron al líder en el Congreso de Valencia con aquel tinglado de los avales. La predisposición de los máximos dirigentes del PP a mirar hacia otro lado como si lo que pasa en su partido no fuera con ellos es el más peligroso síntoma del peligro que se cierne sobre esta formación política. El único camino que tienen los responsables del PP para librarse del estigma de la corrupción es poner en conocimiento de los tribunales todos los datos que conozcan acerca de las personas involucradas en esta trama. Pase lo que pase, que diría Rajoy.